

LA BOHEMIA ALEGRE

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTORES: Antonio José Mentoya y Federico Carlos Henao.

GUION

Nos habíamos retirado de la faena periodística cediendo el puesto á los campeones que venían á pelear como bravos verdaderos por conquistar laureles, no para la propia frente, para la frente de la patria; á buscar oro, no para repletar sus bolsillos, sino para restaurar en su brillo el escudo de armas de la República, manchado por tantos lodos.

Acabó la lucha; se apagaron los entusiasmos; sólo quedan el desencanto y una triste pero firme convicción, inútil de mencionar. Todo pasó; no quiere decir que todo ha muerto: el carácter y la conciencia del deber quedan en pie, que

“Al esconder el sol sus resplandores,
No se pierde la luz con que ilumina:
Transfórmase en matices en las flores,
En imágenes mil en la retina.”

Pero en tanto que completa y acaba nuestro mundo la vuelta generadora de la noche siniestra, volvemos nosotros al modesto lugar que nos corresponde; en tanto se vuelve el pensamiento al cauce donde desarrolla todas sus energías y todas sus actividades, que se difunda en la atmósfera literaria, como sube al cielo el vapor que se eleva del fondo de las cascadas, especie de protesta de las aguas de la altura precipitadas al abismo.

Cuánto haya de durar ese “en tanto,” no lo podemos decir, pero sí estamos seguros de que habrá de terminar, ya que, por más que nos demos á pensar lo peor, la experiencia confirma la aserción: “El mundo marcha.”

No sobra fe, pero la lucha tiene que continuar y, esperando el sonido de la trompeta que llame al campo de la lucha de sistemas y teorías, se moja la pluma en tinta

literaria, como en la sala de esgrima se pone un botón en la punta de la espada y, enguantada la mano, el combatiente se ejercita la víspera del duelo.

Por cuanto hace al público, él ha sido bondadoso y amable con nuestra revista; se ha informado de ella, si quiera, durante su desaparición. Puede haber—hay de seguro—quiénes miren con desprecio “ese papel de literatura”: no faltan quiénes pretendan que la especie humana marche entera por el carril que ellos recorren en la vida; eso no importa. Sabemos bien, que apenas nos espera para el fin alguna decepción y que, lejos de lucrativa, será la empresa ingrata, por lo menos para nosotros, pero á pesar de eso, y en parte por corresponder á la ojeriza de quienes la tengan, importunándolos con persistir, seguimos adelante. Para los que miran las cosas desde un punto de vista más general, somos, cuando menos, una célula del cerebro patrio, parte componente del órgano y partícipe en mayor ó menor escala de la función general. La cultura intelectual de un pueblo es compleja y no basta que uno de sus ramos florezca con regularidad, con exuberancia, si se quiere, para que sea completa, como no es suficiente para constituir el vigor de un hombre que uno de sus músculos ó uno de sus miembros alcance notable desarrollo cuando se debe quizá á la atrofia ó al debilitamiento de otros.

Gracias á los que nos quieren bien; á los que no.... nada.

S. RESTREPO.

Medellín, Julio de 1896.



AMELIA

La casa de Jacinto.

(CONTINUACIÓN)

La mujer de Jacinto,
¡Qué mujer tan sencilla era María!
Contaba á los vecinos
Todo lo que en su casa sucedía.

Les refirió una tarde
Que los vecinos á su casa fueron
Y entre sus negros brazos
La blanca niña con asombro vieron;

Les refirió, decía,
Que cierta noche que Jacinto estaba
Durmiendo en una gruta,
Porque de huida de la guerra andaba,

Oyó á la media noche
El llanto virginal de una criatura
Y se pasó temblando
La otra media entre la gruta oscura;

Que ya cuando el reflejo
Del alba por los árboles veía,
Salió con paso lento
Y vió, á la tenue claridad del día,

Una espantosa fiera
De pechos anchos y de fauces rojas
Y luégo vió una niña
De frío tiritando entre las hojas;

Que la cogió en sus manos
Cuando venía la fiera á devorarla
Y, huyendo por el monte,
Se fué para su casa á calentarla;

Que oyó de pronto un grito
Cuando cruzaba el monte á la carrera,
Y dijo sin pararse:
¿A quién se comería aquella fiera?

Y siempre pies al viento,
Atravesando montes y pantanos,
Se fue, se fue corriendo
Hasta poner la niña entre sus manos.

—La ven, la ven? decía,
Mostrando la criatura á sus vecinos,
¿No es cierto que es muy linda,
No es cierto que sus ojos son divinos?

Y loca la besaba
Y la niña inocente sonreía
Y á cada risa, un beso
Sobre sus rojos labios imprimía;

A poco continuaba
Diciendo á sus vecinos: —De la historia
Lo mejor se quedaba.
Ah! memoria! Ah! memoria!

literaria, como en la sala de esgrima se pone un botón en la punta de la espada y, enguantada la mano, el combatiente se ejercita la víspera del duelo.

Por cuanto hace al público, él ha sido bondadoso y amable con nuestra revista; se ha informado de ella, si quiera, durante su desaparición. Puede haber—hay de seguro—quienes miren con desprecio “ese papel de literatura”: no faltan quienes pretendan que la especie humana marche entera por el carril que ellos recorren en la vida; eso no importa. Sabemos bien, que apenas nos espera para el fin alguna decepción y que, lejos de lucrativa, será la empresa ingrata, por lo menos para nosotros, pero á pesar de eso, y en parte por corresponder á la ojeriza de quienes la tengan, importunándolos con persistir, seguimos adelante. Para los que miran las cosas desde un punto de vista más general, somos, cuando menos, una célula del cerebro patrio, parte componente del órgano y partícipe en mayor ó menor escala de la función general. La cultura intelectual de un pueblo es compleja y no basta que uno de sus ramos florezca con regularidad, con exuberancia, si se quiere, para que sea completa, como no es suficiente para constituir el vigor de un hombre que uno de sus músculos ó uno de sus miembros alcance notable desarrollo cuando se debe quizá á la atrofia ó al debilitamiento de otros.

Gracias á los que nos quieren bien; á los que no.... nada.

S. RESTREPO.

Medellín, Julio de 1896.



AMELIA

La casa de Jacinto.

(CONTINUACIÓN)

La mujer de Jacinto,
¡Qué mujer tan sencilla era María!
Contaba á los vecinos
Todo lo que en su casa sucedía.

Les refirió una tarde
Que los vecinos á su casa fueron
Y entre sus negros brazos
La blanca niña con asombro vieron;

Les refirió, decía,
Que cierta noche que Jacinto estaba
Durmiendo en una gruta,
Porque de huída de la guerra andaba,

Oyó á la media noche
El llanto virginal de una criatura
Y se pasó temblando
La otra media entre la gruta oscura;

Que ya cuando el reflejo
Del alba por los árboles veía,
Salió con paso lento
Y vió, á la tenue claridad del día,

Una espantosa fiera
De pechos anchos y de fauces rojas
Y luégo vió una niña
De frío tiritando entre las hojas;

Que la cogió en sus manos
Cuando venía la fiera á devorarla
Y, huyendo por el monte,
Se fué para su casa á calentarla;

Que oyó de pronto un grito
Cuando cruzaba el monte á la carrera,
Y dijo sin pararse:
¿A quién se comería aquella fiera?

Y siempre pies al viento,
Atravesando montes y pantanos,
Se fue, se fue corriendo
Hasta poner la niña entre sus manos.

—La ven, la ven? decía,
Mostrando la criatura á sus vecinos,
¿No es cierto que es muy linda,
No es cierto que sus ojos son divinos?

Y loca la besaba
Y la niña inocente sonreía
Y á cada risa, un beso
Sobre sus rojos labios imprimía;

A poco continuaba
Diciendo á sus vecinos: —De la historia
Lo mejor se quedaba.
Ah! memoria! Ah! memoria!

Bien me dice Jacinto
Que ya me estoy poniendo *tuturuta*;
Pues, como iba diciendo,
Luégo que me la traje de la gruta

La cogí con mis manos
Y la vi con mis ojos. Tiritaba,
Estaba muerta de hambre,
Muerta de frío la inocente estaba.

Como yo estaba criando
Aquel zorro que está diciendo "*mama*".
—Y señalaba un niño
Que lloraba sentado en un cama,—

La envolví en sus bayetas
Y le di de beber su leche pura.
¡Con qué gusto pegóse
Del negro pecho la infeliz criatura!

Como á los cuatro días
Que ya repuesta la inocente estaba,
A Jacinto le dije,
(Y lo vine á pensar cuando rezaba):

—Es preciso, Jacinto,
Que te vayas de aquí, saliendo el día,
Y le digas al Cura
Que allá le mando la esperanza mía;

Que *allá se las avenga*,
Que me la haga como él, buena cristiana,
Y volví á repetirle:
Mañana te has de ir, muy de mañana.

—¿Qué nombre le ponemos?
Jacinto contestó. Los dos dijimos
Después, como de acuerdo:
El nombre de la Amelia que perdimos.

Aclareando el día
Jacinto fue á buscar unos padrinos
Y vino muy temprano
Con Felipe y Antonia, mis vecinos.

Le puse de mi zorro
Una camisa blanca, la más fina,
Y quedó mi paloma
Como rosa velada con neblina.

No pueden figurarse,
 Continuaba diciendo, qué morriña
 Me dió cuando salieron
 Jacinto y mis vecinos con la niña!

Me pareció que nunca
 A verla volvería. La tristeza
 Sentía que pasaba
 Del corazón subiendo á la cabeza.

¡Qué triste fue aquel día!
 Casi, casi me estaba envejeciendo.
 ¿Por qué serán tan largas
 Las horas que se pasan padeciendo?

(Fin del canto primero.)

EPIFANIO MEJÍA.



LA GRANDE ANTILLA

(Á RICARDO ESCOBAR U.)

La princesa Iberia era una señora muy blanca que se gozaba en hacer cosas muy negras. En un tiempo tuvo el capricho dominante de poseer *Indias* y para conseguirlo pensó lanzar sus redes al mar Atlántico, un mar inmenso cuyos abismos glaucos habían detenido hasta entonces á los habitantes del mundo entero. Se sirvió de un marino extranjero muy hábil que se lanzó sin miedo en el profundo azul. Aquel hombre se arriesgó mucho hacia adentro en busca de las habitadoras del mar; aquí rodeado de brumas, allá admirando las preciosidades de una limpia marina, continuaba su viaje resuelto y firme, viendo á lo lejos las ilusiones de su esperanza.

Ya próximo á desfallecer el hombre audaz halló la pesca rica que hizo los encantos de la princesa Iberia. ¡Qué bellas eran las *Indias*! tenían los encantos de la virgen y la fuerza extraordinaria de quien vive en lucha constante con las olas. El sol había dorado sus rostros y de sus ojos se escapaba la temerosa curiosidad de seres inocentes sorprendidos en su morada libre. Ricas en vida vegetativa y animal, de formas voluptuosas y coronadas con diademas de oro, ¡qué bellas eran las *Indias*!

La princesa Iberia estuvo contentísima, pues había logrado lo que no logró mortal alguno: aprisionar las *Indias* del Atlántico. Para que no se le escaparan las ató con cadenas pesadas de hierro. Las *Indias* se agitaron, trataron de deslizarse, movieron los brazos, todo fue en vano: las cadenas eran

inquebrantables. Se desprendieron de sus coronas de oro, que la princesa avara tenía la crueldad de cortar á pedazos, y adoptaron la sumisión aparente; estuviéronse quietas mirando con sus pupilas soñadoras la inmensa libertad del cielo mientras la agitación de las olas les recordaba su antiguo movimiento. Soñaban con volver á su primitiva independencia. Aguardaron mucho tiempo en mira de una ocasión propicia para reventar la cadena, hasta que llegó, y fue una hora en que la princesa Iberia se ocupaba en perseguir nuevos ideales. Las *Indias* hicieron un esfuerzo supremo y rompieron la prisión; sólo las más débiles tuvieron que seguir sujetas á la blanca señora, que las aprisionó más fuertemente y las hostigó con los mil caprichos que ocurren á las personas reales.

Las *Indias* que permanecieron atadas se llamaban Antillas y de ellas la más grande y la más hermosa era Cuba, que sola en medio del abismo azulado del Atlántico, con nervios de artista y fuerza de atleta, parece una ondina enorme aquietada por el peso de la cadena. Virgen, soñadora, rica de galas y tan exuberante de vida, tuvo la suerte desgraciada de gemir más tiempo. Ha luchado siempre, se yergue en medio del océano como un gigante de las olas; con su asentimiento nunca la dominará la princesa Iberia. Uno de sus días gloriosos, el diez de Octubre de 1868, lanzó el primer grito de libertad, midió sus fuerzas con las de la princesa dueña, á quien servían cien mil soldados, luchó, luchó con furia, luchó siempre, su heroicidad llegó á lo desconocido, llamó á todos los hombres de corazón y fue más lejos de lo que han ido todos los pueblos de valientes, por romper las cadenas que la oprimen, que no la dejan mover, que suspenden su aliento y que sólo allá muy hondo le permiten agitar su corazón. ¡No tenía más esperanza que el derecho—causa sublime!—su bandera fue de libertad y su ilusión el triunfo; luchó muchos años y dejó miles de cadáveres, mil héroes, mil historias y acabó por caer desangrada sobre el mar. Entonces concentró la lucha en el cerebro y reemplazó la falta de libertad con el trabajo.

Cuba no ha abandonado nunca el pensamiento de su independencia, vive mártir para un lejano libre. Tiene sus dioses á quienes dedica hora por hora su piedad: se postra ante las Libertades, dirige plegarias al Derecho y canta la Democracia. En la soledad dirige discursos que el mar escucha y en sus ondulaciones lleva á playas libres. En la historia de su vida de prisiones ha tenido mil planes de emancipación; ha madurado su esfuerzo hasta alcanzar su hora. Era para Cuba muy duro eso de trabajar constantemente para una princesa ociosa y cruel; vivir esclava hoy que todos los pueblos son libres, y arrastrar una cadena en medio de la libertad ilimitada de los mares y bajo un cielo de felicidad que convida al acto libre.

—No más cadenas—exclama—quiero vida, libertad é independencia, tengo talento, tengo virtud y solamente me esclava

vizan por la ley de los fuertes. Sacudió su cabellera, hizo brillar con luz propia sus ojos de carbón, agitó las olas que la rodeaban y se lanzó al esfuerzo supremo. El mar se traga los defensores de Iberia, los Dioses luchan por Cuba, todos los pueblos simpatizan con la estrella solitaria y la saludan como estrella libre. El sol dora su frente de virgen en medio del tornasol de las olas. Y las humaredas que levanta Iberia para esclavizar la grande Antilla no son ya una amenaza á la libertad sino los fuegos fatuos del despotismo que dejan un poquito de bruma perdiéndose en las soledades del océano infinito.

1895.

ANTONIO JOSÉ MONTOYA.

HIJO PRODIGO

Ya en los nidos modulan las aves
 Sus últimas quejas,
 Y en las verdes colinas lejanas
 Las sombras se asientan;

Allá, arriba, en las chozas felices
 La alegre merienda
 En redor del hogar encendido,
 Repleto de leña;

De aquel sol—moribundo sangriento—
 A la lumbre postrera,
 Por el ancho camino sombría
 Se ve una silueta.

Es de Juan, que animoso recorre
 La triste vereda,
 En el alma llevando el contento
 Y un palo en la diestra.

Fatigado, no ceja en su empeño,
 Camina y se esfuerza,
 Porque quiere besar á su madre.....
 Si viva la encuentra.

Porque piensa que amante lo aguarda
 La novia risueña,
 Y que habrán de acabar sus congojas
 Viviendo en la aldea.

Mas lo rinde el cansancio. Ya es noche,
 Vacilan sus piernas
 Y á la orilla del triste sendero
 Dormido se queda.

* *
 *

Y soñó que brillaba en el cielo
 Con mágicas tintas
 El gigante de luz que á los campos
 Y flores da vida;

Desde allá, de la cumbre dichosa
 De azul serranía,
 Contemplaba en las nieblas envuelta
 Su blanca casita;

Que las nieblas al cabo dejaban
 La fértil campiña,
 Que en la falda cantaban las aves
 Y que él descendía;

Que á su aldea jamás olvidada
 Llegaba y ¡oh dicha!
 Que en la frente besaba á su madre,
 Su madre querida;

Que de su alma, improviso, sanaban
 Las viejas heridas,
 Que su novia pagaba sus ansias
 Con una sonrisa.....

* *
 *

Hoy del sol—moribundo sangriento—
 A la lumbre postrera
 Una tumba entre ramas marchitas
 Se ve con tristeza,

Y á la orilla del ancho camino
 Con íntima pena,
 Recordando ese idilio sombrío
 La cruz de madera.

CARLOS ESPINELA.

1895.



DON BENITO PEREZ GALDOS

Y SU ÚLTIMA NOVELA

I

Pocos días hace que nos llegó la última novela de Galdós, intitulada *Halma*, precedida, como todo lo que tiene ilustre origen, de bullangueras recomendaciones fundadas tan solo en el nombre simpático y justamente célebre del autor. Al tomar el libro en las manos y ver ese título, si no estrafalario extraño al menos, teme uno que Galdós, tan práctico, tan espontáneamente naturalista, lo lleve consigo por el mundo de los sueños y llene la mente del pobre lector con las visiones maravillosas de Poe. Lo abre, principia, lee una página, dos, tres, y la anticipada prevención no puede desarmarse de manera más completa. Va perdiéndose, desapareciendo, y muy poco camino se ha andado cuando se encuentra uno gozando del encanto y del *esprit* de la novela moderna. En Pérez Galdós es imperdible la filiación literaria. Podría leerse cualquiera de las obras que ha escrito, que no estuviera precedida de su nombre, y después de concluída, y aun siquiera de haber avanzado un poco en ella, la impresión estética, el atractivo irresistible del arte nos harían decir á ojos cerrados: "Hé ahí el autor". No se nos tachará que queramos decir con esto que sólo en Galdós tenga cabida el sentimiento puro y tranquilo de la belleza; sólo que, al más indocto lector que conozca algunas de las obras que aquél ha escrito, le vendría á la mente, por deducción forzosa, el nombre del autor, ya por el estilo fluido y espontáneo, salpicado de un humorismo á la vez serio y retazón, ó ya por el carácter docente y la tesis moral de que ninguna está exenta, cuyo desarrollo persigue en cada una y en todas colectivamente.

En la obra objeto de este estudio, como en las demás del mismo, la personalidad del escritor aparece sin faltar una línea, con su índole tendencioso-social que jamás pierde de vista. A veces quisiera uno negarle su misión docente, dado que analiza más bien que enseña, y que lleva al espíritu más que el aprendizaje la meditación. El señor Pérez Galdós desde sus primeros libros sacó á luz el pensamiento que le abrió el camino de sus trabajos que, bueno ó malo, ha sostenido después con rara ecuanimidad, no obstante las tormentas que lo han rodeado. Y con esa á manera de enseña, levantada en alto, ha atravesado, incansable y firme, una senda tan prolongada como tortuosa, impasible ante los gritos de la multitud que se agi-

ta á un lado, y haciendo caso omiso de los aplausos que del otro le prodigan. No trataremos de desentrañar la naturaleza de las ideas que lo han guiado á través de su vida literaria; únicamente las señalaremos superficialmente, admirando, sí, la constancia y el temple de su calibre, como el poder de su ingenio que combina á la par el intrincado argumento de una novela cualquiera con la aguda é intencionada observación moral. El campo social, en concepto de algunos críticos notables, da al escritor mejores elementos de análisis y estudio, y, sobre todo, lo deja en libertad de atacar de lleno la parte enferma, y cortarla si hasta allá pudiere llegar. La sociedad, al fin, evoluciona moralmente con gran trabajo, y sólo precipita su paso reposado en las horas de grandes crisis. Con su fuerza asimiladora absorbe todos los átomos que se mueven en el ambiente llevando el germen evolucionista, y su coraza, como la concha del cocodrilo, resiste sin mayor dolor el trabajo del escalpelo evulsivo que penosamente destruye sus excrescencias. No así el campo que se denomina "ideal religioso" de una ú otra porción humana; para penetrar en él con intención de curar, ó de arrancar del alma el polvo de preocupaciones más ó menos fundadas, de fanatismos más ó menos existentes, se necesita, por decirlo así, el paso silencioso del zorro y delicadeza extrema de disección en armonía con la delicadeza del punto tratado. Y á fe que sería injusticia negar esa habilidad al señor Galdós. Envuelve sus frutos en galanos ropajes y, como alquimista experimentado, diluye en ellos el granito imperceptible de su escondido reactivo. En cierto modo se semeja la tesis de sus obras á ese horizonte indeciso, limitado por remotas montañas, muy bonito, pero oscuro y brumoso: el estilo, la pureza de dicción, la gracia y destreza de desarrollo, el marco de fuego crepuscular que lo envuelve. Pertenece Galdós al núcleo imponente de cultivadores con que cuenta en España la Escuela naturalista; pero naturalista moderada que admite en su sistema, como la cuasi totalidad de la española (dado que escuela pueda llamarse, siendo como es una derivación suavizada de la francesa) el arte en todas sus manifestaciones, las palpitaciones de la naturaleza en ese orden elevado que embellece y sublima el sentimiento, la estética de las almas y de los corazones. En ese grupo figura Galdós de los primeros, con Pereda, y tal vez con Armando Palacio Valdés y doña Emilia Pardo; sus demás conmlitones, como Leopoldo Alas, Ortega Munilla y Picón, no parece que se mueven en esfera tan elevada, aunque ocupan lugar prominente. El naturalismo de Pérez Galdós no alcanza á la dulzura del de Pereda; mas sí sobrepasa en moderación á sus otros compañeros

de Escuela, con la probable excepción de Palacio Valdés. Ese naturalismo medio, que apenas roza ligeramente el velo que cubre la miseria humana, tiene en Galdós, en el círculo de actividad del talento positivo y del escritor concienzudo, uno de sus más eximios representantes que, más que al éxito, acaricia y sigue sus impulsos y sus ideas. Ser así escritor naturalista es absorber por el espíritu un algo del espíritu colectivo que, educado, ampliado y definido, se arroja á la vida exterior, fiado en su excelso origen y en la recomendación que entraña la intención creadora. Si ese algo no florece, dadas las contingencias anexas á todo, quedará, al menos, como una cruz en el camino, señalando á los que vengan su pasada existencia en una inteligencia rica ó bien dotada. El naturalismo moderado ha sido á la literatura lo que el riego á las plantas: la ha fecundizado, vigorizado, infundido vida y dado á sus frutos la belleza, el atractivo y los colores de una aurora de mar. Las más brillantes figuras de la literatura contemporánea se han nutrido con su savia, y los nombres de muchas de ellas seguirán viviendo en el tiempo. El talento artístico de Alfonso Daudet, por ejemplo, es de difícil reemplazo, no sólo en Francia sino en el mundo de las letras. Sus obras, tan numerosas como acabadas, no dejan nada que desear al paladar más exquisito, ni al crítico más exigente. Su estilo es un verdadero prodigio de arte, y no sé que haya tenido igual en el pasado, que en el porvenir es difícil encontrar pronto el que le iguale. Aun se ha atribuido por algunos á esa pulcritud del pensamiento escrito, á ese retorcimiento de la frase, á ese esmero, pulimento y sonoridad de los períodos, no poca influencia, aunque involuntaria, en la formación de la llamada "Escuela simbolista", de la cual sólo debiera sobrevivir la eterna chacota. Daudet fué de los que primero exploraron ese camino, poco conocido aunque viejo de existencia; pero supo detenerse en el justo medio, equilibrio que sólo guardan las grandes inteligencias: los que lo seguían, en su mayor parte se precipitaron, por falta ó por exceso. Zola será, entre los suyos, uno de los pocos que sobrevivan en sus obras á esta época de abrumadora fecundidad, y eso por ser quien es, jefe ó pontífice, como se le designa, del realismo francés, á la vez que una admirable máquina de forjar novelas de arte. Pero casi, casi no es conmitión de Daudet. Aborrece la mateotecnia por naturaleza y por estudio, y busca en la humanidad descarnada el teatro de sus observaciones y análisis. Aborda la materia, la estruja, la exprime, quiere arrancarle todos sus secretos y aun los que no tenga. Entréguesele el mundo y lo despedazará, lo modelará en trozos de

un arte maravilloso y lo devolverá engastado en un libro en que si no bulle la parte noble de los seres, se mueve, al menos, la substancia absoluta, con sensaciones casi espirituales. Gusta de las cosas grandes, pero de aquellas en cuyo radio se agita y desarrolla la inmensa liza humana, y de dar á sus novelas engranajes soberbios de concepción.

Galdós, como Daudet, ha seguido la corriente más popular de la literatura del día y debe á ella sus mejores triunfos. Educado desde niño en la escuela de la vida práctica, ha mamado su leche, por decirlo así, vivido y formándose intelectualmente en ella. Sus primeros trabajos se recibieron con aplauso vacilante, pero de *Gloria* en adelante se le tributó justicia y consolidó la reputación y la fama á que es acreedor. Su estilo no se distinguía, como no se distingue hoy, por poderosa fuerza imaginativa ni vivos juegos de retórica; claro y sencillo, lo deja rodar con la transparencia y tranquilidad de una fuente pura, sin saltos, sin ruido, copiando en sus ondas la calmada naturaleza. Las influencias morbosas del siglo no parece que le hayan atacado, que se haya visto tocado de esa especie de atonía de espíritu, que puede traducirse en grandes desalientos y en la pérdida de todo ideal, que han echado á perder tántas y tan notables inteligencias. Ningún escritor, por más que quiera disfrazar sus producciones, dejará nunca de transparentarse en ellas y de nutrirlas con fragmentos arrancados de su misma personalidad. Y en las obras de Galdós su entendimiento corre apacible, descansado, derramando serenidad y humor en todas las páginas. Al mundo psicológico, como lo dejámos entender atrás, gusta mucho de dar sus entradas, pero mesuradas y mañosas, como merodeador furtivo que conoce bien la delicadeza del terreno que cruje bajo sus pasos. De la fecundidad de su inteligencia puede dar idea su labor intelectual, el número de las obras que ha dado y da constantemente al público. Además de dos ó tres libros de viajes y un sinnúmero de cuentos y artículos publicados en periódicos de que ha sido colaborador, cuenta con más de veinte novelas, algunas demasiado voluminosas, como *Angel Guerra*, fuera de los *Episodios nacionales*, obra de gran mérito y enorme extensión que por sí sola hiciera su apoteosis literaria. Tiene apenas cincuenta y un años, y antes de que ese cerebro se canse ¡cuántos libros más escribirá!

Hemos hablado ya demasiado del escritor: vamos ahora á su última novela.

II

Halma es su nombre. Le viene de la señora Condesa de "Halma", linajuda y muy virtuosa dama española, quien lo obtuvo á su vez de un pobre conde alemán, secretario de emba-

jada, único tipo semi-caricaturesco que se ve en la obra. Principia la novela con la historia de aquella señora, historia que viene después á ser el núcleo de donde se desprenden personajes, situaciones, tipos salidos á la sombra, que sorprenden al lector, y multitud de acontecimientos menores, en su mayor parte naturales, que entraban la malla sutilísima de la relación. Ha leído uno cien páginas y aún no se da cuenta, ni presume á dónde lo llevará el autor. El tinte místico de la novela sorprende nuestra mente y nos hace preguntar admirados si el que eso escribe fue el mismo que forjó á *Doña Perfecta*, *La familia de León Roch* y tantas más, parecidas. Sólo al fin de la lectura se encuentra la clave, pero clave oscura, de difícil interpretación. Los personajes andan á paso firme y con holgura en el argumento; se mueven con armonía, sin recargo de tintas, sin cohibición ni estrechez como las figuras que nos presentan en algunas novelas, que parecen aprisionadas en camisola.

Doña Catalina, la Condesa, aparece sencillamente, sin ningún golpe de efecto, ni sorpresa de relumbrón. Empujado suavemente entra en funciones don Manuel Flórez, modelo del sacerdote católico, civilizado y culto, rodeado de la aureola de la posible virtud humana que en el pensar, obrar y decir cabe en los tiempos que corren. Presenta á la vez ingeniosamente la figura del buen Nazarín, procesado, perseguido y encarcelado y considerado loco por la generalidad. Insensiblemente va volviéndola luminosa, ideal, rodeándola de detalles y colores que la colocan en una atmósfera de simpatía y benevolencia. "La mirada clara y profunda que desconcierta", la humildad sin límites que le hace recibir todo como bueno, la suprema conformidad, la caridad y el amor al prójimo que llenan su vida, la verdad en esencia que se destila de sus labios, la energía y seguridad de los momentos difíciles y el afrontamiento de todas las situaciones, hacen de ella un ser excepcional, todo bondad y amor para sus semejantes, de vida y mansedumbre incomparables, vida impregnada de la doctrina de Jesús predicada y practicada, pura, en esencia, sin ensanchamientos peligrosos. Arrojado de improviso en un medio social refinado, la sociedad, las autoridades civil y eclesiástica, y aun la misma ciencia deciden dogmáticamente que está loco, demente, que es un hombre muy bueno pero que tiene trastornadas las facultades, propio para vivir en un mundo naciente y una sociedad nueva que calzara puntos de moral más puros y sin la enorme laxitud del día. El mismo sacerdote Flórez, de espíritu amplio y magnánimo, al ver y tratar al hombre de la austera virtud, siente que la suya desfallece, con ser tan sólida y positiva, como lo acredita el retrato que de él hace el autor del li-

bro y los tiernos soliloquios que el digno sacerdote sostenía consigo mismo. Y esa impresión es tan profunda, le hace tanta mella en el alma, que en pocos días se le demacra el rostro, las fuerzas se le agotan y muere. La índole misma de las costumbres, depuradas de todo lo bueno; el medio ambiente social, deslumbrador y engañoso; la ciencia luchando por encauzar las ideas por los derroteros que ella señala; ese todo, en fin, de porciones heterogéneas, componente obligado de una sociedad avanzada del fin del siglo, hacían del pobre sacerdote Nazarín una planta exótica en medio de la actual civilización. El brillo que ésta arrojaba sobre la retina de los que llevaba en su corriente, ofuscaba las miradas de todos y les impedía comprender al religioso; pero éste, libre de la luz de ese sol, en su apacible oscuridad, sí podía comprenderlos.....y perdonarlos porque no sabían lo que hacían. No me atrevería á asegurar que el principio que el señor Galdós pretenda sentar ahí sea el de que, entre el sacerdote de Cristo, ceñido severamente á su doctrina, y el sacerdote actual, empapado en esta civilización corrompida y refinada, haya un desequilibrio que sólo pueda evitarse cediendo el primero un poco de su austeridad moral en beneficio de la corriente de progreso que marca el adelanto del día. No. Tal, explícito menoscabo, socavaría formidablemente el edificio religioso; pero sí parece que el pensamiento del autor, al colocar en un paralelo dos ministros de una misma religión, el uno combiaándola con la civilización de nuestros tiempos, y el otro practicándola en esencia, con la majestuosa serenidad y la belleza ideal que la anima, pretendiera mostrar alguna distensión entre la Iglesia primitiva y la de hoy, nacida del tiempo y de la compañía que á aquélla ha hecho el rebaño humano con sus progresos de tan largo camino. La existencia de Nazarín puede ser un hecho verdadero ó falso, aunque me inclino á creer lo primero en virtud de los datos pormenorizados que da sobre su vida, más que en esta novela en la que con el nombre del religioso publicó poco antes; pero exista ó no, es lo cierto que su tipo, tan curioso como especial, ha servido al señor Pérez Galdós á las mil maravillas para proseguir su obra de observación y crítica moral.

La conferencia entre la Condesa y este personaje, cuando ella buscaba solución á la situación tirante en que estaba al fin, es difícil que se describa mejor. Renuncio á trasladar aquí las valientes palabras del cura, por ser su homilía de considerable extensión; pero no dejaré de transcribir una siquiera de las hermosas frases que á cada paso prodigaba á Urrea, aconsejándole calma y serenidad de ánimo: "Anda, hijo, á tus buenas y hasta la noche..... Con ese surco escribes en la tierra tu

gratitud. Ama la tierra que á todos nos da sustento y nos enseña tantas cosas, entre ellas una muy difícil de aprender. ¡A que no sabes lo que és? Esperar, hijo, esperar. La tierra guarda la sazón de las cosas, y nos la da.....cuando debe dárnosla.”

No creo que *Halma* sea una obra de mérito relevante entre las de Galdós, ni que con mucho iguale á las mejores que ha escrito; pero en ella, como en todas, se pone de manifiesto la fuerza de su ingenio y sus poderosas facultades analíticas. Puede decirse, sin rebozo, que el ilustre canario lleva la batuta en el brillante renacimiento del día, y á pesar del lustre que ha dado á la literatura española, la campaña tan rudamente sostenida sobre ética religioso-social, le ha valido los dictados de disociador, revolucionario, disolvente, y á la fecha es probable que lleve en su cartera los de petrolero y.....otro muy vulgar, de reciente origen colombiano, títulos que en la actualidad están alcanzando gran boga.

En la obra citada se concreta el señor Galdós á preparar las situaciones, llevar allí los personajes y dejar en la hora final, al criterio del lector, el desentrañamiento de la idea que animó su creación. El no dice nada, ni nada pesa ni analiza en su inteligencia: que el lector que recorra las páginas de su obra piense algo también. “Allí os pongo, dirá él, dos cosas para vuestro entretenimiento: una novela de trámite sencillo que nada nuevo os ofrece, pero en que podéis pasar unas pocas horas de aburrimiento; y un punto moral, pensado por muchos pero que pocos exponen, para que lo dilucidéis.” Que lo diluciden los que se crean con fuerza para ello, que los más nos quedaremos con la novela.

ENRIQUE GAVIRIA ARANGO.

Santa Rosa, 2 de Julio de 1896.

EL PRINCIPE

(Á L. PINEDA URIBE.)

Los que habitan alegres la montaña
al mirarle aquel día
errar por los desiertos como un loco,
por valles y campiñas:

—¿Qué tienes? ¿Por qué vagas sin destino?
¿Por qué, por qué no admiras,
como todos, el arco en que revuelven
los astros sus pupilas?

¡Mira! De nuestras chozas en el fondo,
donde el placer anida,
hay menos pan que en el palacio tuyo,
¡y blasfemas de ira!

Leve seda tus miembros aprisiona,
larga mesa exquisita
empapada en aromas como el aura
al regalo te brinda;

Sobre el lomo corceles voladores
te llevan donde pidas;
con púrpura tus sueños deliciosos,
¡oh príncipe! cobijas;

En los labios en flor de la hermosura,
en sus tiernas caricias,
bebe tu juventud la ansiada copa
de célica ambrosía.

Dijéronle; y volviendo de repente
hacia ellos la marchita
faz que secó por siempre el infortunio,
hablóles en seguida:

—¡Ay de los que ambicionan y ambicionan
en la tierra una dicha!

¡Ay de los que suspiran en sus tardes
y en sus noches se agitan!

¡Maldito el sol que alumbra mi desgracia
Y sin descanso gira!

¡Malditos el manjar que se me sirve
Y la seda que brilla!

¡Y el perfume que ondea sobre el ala
sonora de la brisa!

¡Y el corcel... y el instante en que pensaron
En traerme á la vida!

1895.

ABEL FARINA.



EL TRIUNFO DE LA MUERTE

(JOSÉ A. SILVA.)

Para este joven vate, ya sonó la hora blanca! Cuando todos esperábamos que su inteligencia robustecida iba á lanzar un destello más de luz vivísima que despertara de su marasmo las conciencias aletargadas de sus conciudadanos; cuando lo suponíamos absorto en la contemplación de lo abstracto, extrayendo de lo desconocido una idea más amplia y original que pudiera germinar en la estéril masa que lo aclamaba: los diarios de la capital, como voceros importunos, aunque con señales de profundo descontento, nos dieron á conocer la ingrata nueva de la desaparición del poeta. Una noticia seca, fría como un golpe de puñal y rápida como el relámpago que precede al trueno sonoro.

Para los que lo consideramos siempre como un hijo mimado de las musas, la distancia y la ausencia no han sido parte á disminuir la magnitud de la sorpresa, ni capaces de remediar el cimbronazo de nuestros nervios.

Es que entre las inteligencias jóvenes existe cierta corriente oculta y positiva que asimila y pone en conexión íntima sus más retiradas moléculas, y no se puede sufrir sin cierta especie de desequilibrio el anonadamiento de una alma gemela. Para el pensamiento no hay ni límites ni distancia y á él sólo le basta percibir un producto correcto del ajeno laboratorio para identificarse con él, aunque no medien ni la presentación de la causa ni los requisitos de la simpatía, que son entonces secundarios.

Además no puede ser sino extraño en estos momentos de verdadero aturdimiento nacional, durante la conmoción política que experimenta el país y entre el cúmulo de ideas contradictorias y chocantes que los predilectos prodigan en los papeles oficiales, un esfuerzo sincero á presentar la verdad desnuda en forma tan halagadora y con relieves tan brillantes como los que da la Poesía. No es este tiempo el oportuno para los verdaderos artistas lucir sus dones, porque los asuntos del poder rehuyen las obras genuinamente liberales, y la actitud hostil de las inteligencias podría mirar como ridícula ó insustancial la expresión generosa de las imaginaciones abstraídas.

**

No conocimos personalmente á José A. Silva, lo que deploramos porque esto hubiera contribuido sin duda á proporcionarnos una idea más vasta y completa de sus méritos y de

sus defectos, y sólo por referencias de algunos amigos y por algunas de sus composiciones aventuramos este juicio.

En 1892, si no recordamos mal, vimos por primera vez su nombre al pie de una pieza original en su forma y en su estilo, que produjo cierta sensación entre nuestros camaradas, todos estudiantes de bonete, por ser extraño entre nosotros ese género de dicción. Aludimos á "*Nocturno*", que fué reproducida en muchos periódicos de la capital y del extranjero. A la primer lectura de esa página se queda uno perplejo, sin poder coordinar un fallo cierto acerca de ella y con una porción de ideas incoherentes revoloteando en la cabeza. Es que efectivamente esa composición no está al alcance de todos y requiere un estudio detenido y aun que se la aprenda de memoria para poder digerirla suficientemente. Después de poseerla se puede juzgar su altura y excelsitud, ocultas hasta entonces: el sentimiento que la anima es bellissimo porque es el amor fraterno, y la ternura que encarna da una idea de lo exquisito del sentimentalismo de su autor. Quizás sea para muchos repugnante ó fastidiosa la factura de esos versos; nosotros sólo sabemos decir que nos impresionaron hasta lo más hondo, que es lo que se proponen alcanzar de su clientela los que escriben sobre algún asunto que no es del diario y baladí repertorio que se da á nuestro consumo.

Una excursión nocturna por parajes desconocidos, con la aristocrática dama del brazo y "escuchando los ladridos de los perros á la luna, á la luna pálida, y el chillido de las ranas." Pero todo con un tinte de melancolía profunda y de íntima desesperación del poeta cuando se apodera de él la nostalgia de los suaves pliegues de raso y del blando regazo perfumado. Así esperamos que esta poesía vivirá eternamente en el recuerdo de los que supimos amar y comprender las dotes artísticas de José Asunción Silva!

* * *

Hoy el poeta ya no alienta; y en pos de su gloria se ha levantado un murmullo sordo en la multitud que palpa la realidad dolorosa. Todos emiten un concepto acerca del motivo que lo llevó á tomar la muerte por sus propias manos como los personajes de la antigua Roma, porque él tuvo el buen gusto de no dejar al alcance de nadie la causa que lo indujera á tales extremos. "*Un libro tóxico*", *El triunfo de la muerte* de Gabriel D'Annunzio, fue hallado en el lecho mortuario de Silva, y esta curiosa coincidencia hace suponer que él se había impregnado en la melancolía de la obra del autor italiano, asimilándose de tal modo la idiosincrasia de uno de sus protagonistas que buscaba la muerte, hasta el punto de apoderarse él mismo de un derecho que quizás no le perteneciera. El tono pesimista de al-

gunas de las obras de D'Anunzio empieza ya á producir sus amargos frutos, aunque no pueda incriminarse á él solo, puesto que Silva tenía un temperamento neurótico que cultivado con esmero y encaminado por otra vía hubiera subsistido immaculado, pero que aguijoneado constantemente por un cúmulo de desgracias aterradoras exasperó esa alma sencilla y tierna y la condujo paulatinamente á un fin trágico.

Hoy no nos queda otro recurso que deplorar su muerte sin penetrar seguramente el cruel misterio de su desaparición!

Es especial á esas organizaciones sui-generis, ese anhelo eterno de una voluptuosidad á cada instante soñada é interrumpida de continuo por una realidad abrumadora!

Los verdaderos poetas tienen en sí mismos muchos puntos de contacto. Aquí en Colombia, como en todas partes, los que por su inteligencia superior aspiran á un refinamiento más amplio para sus concepciones se deciden á conquistarlo á su propia costa. Ahí están, como dolorosos trofeos de la desgracia, Manuel Acuña y Candelario Obeso, el sublime negro.

Una pasión magnífica se apoderó de Silva en sus últimos momentos. Es de conjeturarse que, dada la complexión delicada y fantástica de su sentimiento, él tuviera un ideal correcto, para él íntimo aunque de todo el mundo desconocido. Supo morir con originalidad como la factura de sus versos y es eso lo que lo diferencia de la masa común de los desesperados!

Su estilo como su inspiración tienen cierto tinte vivo que hace á sus obras sobresalir entre la balumba de miniaturas insípidas que aparecen cuotidianamente en el mercado de nuestras producciones literarias. El supo amar á lo desconocido, con un amor de él solo, y quiso sacrificarle, en un momento supremo, hasta el encanto de su preciosa existencia. “¡Y cuán delicioso combatir el del que oye sobre su cabeza el vuelo de las estrofas! Y cuán dichoso morir el del que cae bajo las lirás de sus poetas enlazadas en arcos de triunfo!”

JESÚS FERRER.

Medellín—1896.

A MERCEDES

Los rayos de la aurora
con su luz pura te iluminaban
cuando por vez primera
te vi en la cumbre de la montaña.

Una rama de helecho
entre tus lindas manos llevabas,
y así, me pareciste
de nuestros montes la virgen-hada,
haciendo huir las sombras
con los fulgores de tus miradas!

Ceñía una corona
de madre selvas tu frente pura,
y yo, al verte, Mercedes,
flor escondida, paloma oculta,
pensé en la triste *Amelia*,
la virgen loca que errante cruza
nuestras verdes montañas
y nuestros bosques, llorando en busca
de su novio ya muerto,
mientras su mente vaga y se esfuma
con todos sus delirios
entre las sombras de la locura!
También me pareciste
del vate-loco la fresca musa,
pues ella, como *Amelia*,
llora y se queja doliente y viuda!

Diosa de las montañas,
linda Mercedes, flor de los campos!....
Tú eres la poesía,
en ti palpitan los bellos cantos
de aquel poeta-loco,
nuestro perdido bardo Epifanio,
el de los versos suaves,
llenos de aroma, llenos de encanto,
con olores de helecho,
jugo de fresas, celestes rayos,
rumores de maizales,
frescor de brisa, gotas de llanto!

Oh! cómo te recuerdo,
bella Mercedes, cuando risueña
te vi sobre la cumbre
de la montaña, grácil y fresca!
Vi el oro en tus cabellos,
sobre tu frente las azucenas,
rosas en tus mejillas,
entre tus ojos rayos de estrella!
Al recordarte, creo
que de estos montes eres la reina,
que eres la musa casta
de nuestro pobre loco-poeta,

la gentil hada rubia
 de nuestros bosques y nuestras selvas,
 la virgen pensativa,
 la errante loca, la triste *Amelia!*
 Y ahora ante tus plantas
 pongo mis trovas, niña hechicera,
 porque eres hada hermosa,
 porque eres musa lozana y fresca,
 casta como una virgen,
 y eres tan pura cual la azucena,
 y hay rosas en tu cara
 y hay en tus ojos rayos de estrella!

Quirimará, Julio 28 de 1896.

JULIO VIVES GUERRA.



CHISMES

I

EN EL BAZAR

Con el sombrero sobre una oreja, moviendo con gravedad un nobilísimo bastón de café y balancéandose todo él como si llevara lastre en los dos flancos, va por las calles Benedicto Esfera (Telegráficamente *Esferadicto.*) Va viento en popa, camino de la calle. Algunas muchachas lo miran porque lo juzgan soltero y busca-novia, y piensan....“quién sabe! matrimonio y mortaja del cielo baja. Tal vez este cafeto (alusión al bastón) vendrá del cielo”.... raso, y limpio, pues venía del Bazar con que celebraron el veinte de Julio. Tán celebrito con su lazo tricolor en la solapa! Qué le pasaría en el Bazar? Zángano lo vió. Desde la puerta y á pago de billetes lo marcó una señora con la cruz tricolor, como se marca un burro para que no se pierda. Y señoritas—parece decir á las de adentro—allá os va este, que es de los que dan y no quitan.

Él mira á algunas muchachas con cierta compasión, como quien dice: os haré penar toda la función.

A este tiempo una señorita le dice á otra: *Mirá qué tan horroroso se entró un policía vestido de cachaco!*

Él sigue impasible su revista, y piensa: estas niñas harán correr á ese pobre hombre de las pomas! Benedicto se dirige á comprarle flores á Juanita Tulipanes y se pone á galantearla en estilo agreste como florido, á costa del bol-

sillo que se iba quedando limpio como una virgen . . . limpia. Otras señoritas se acercaron á ofrecerle objetos bonitos. Y cuando él creía, en conversación con Juanita, que estaba *pelando la pava*, las muchachas decían con risas comprimidas que estaban pelando la Esfera (Telegráficamente *Esferadicto*.)

II

EN EL CORRILLO

Un estudiante. (Recita.)

—Manuel Caro Alicaído

Dijo ayer con gravedad :

“Caro ya no es apellido,
Caro es una enfermedad.”

Nacionalista (Con viveza) ¿ Que le robaron á quién ?

III

EN LA ASAMBLEA

—Pido la palabra, señor Presidente.

—Para qué? señor Diputado.

—Para insultar á mi Honorable colega el señor Oposición.

—Si es con ese objeto, tiene la palabra el Honorable Diputado Dr. Lora Sandeces.

—Le echarán bolas negras al ferrocarril, señor Diputado ?

—No señor, le echaremos bolas del país, porque las extranjeras corren mucho.

IV

EN LA CALLE

Filósofo.—Reza la gente tanto,
Quiere hacerse perfecta tan de pronto,
Que muchas veces en lugar de un *santo*
Vemos surgir un *tonto*.

Un señor muy robusto.—Habla usted de botánica ?

—No, señor: es una mera disertación sobre las *flaquezas* humanas.

—Ah!!

V

EN EL PARQUE

Zángano:—A que no adivinan por qué pusieron la estatua del Dr. Berrío mirando al occidente ?

Varios :

Un artista. Porque así lo exigen las reglas de la estética moderna.

Un comerciante.—Creo fuera para significar que el Dr. Berrío miraba por la riqueza pública, y como allí al frente hay un Banco de particulares debe vigilarlo y fomentarlo al mismo tiempo.

Un liberal. Con el objeto de que el Dr. Berrío presenciara el ocaso de la República.

Un velista. Siempre se acostumbra poner las estatuas de los grandes hombres mirando hacia el oriente, pero el Dr. Berrío no quería ser incondicional ni en estatua; era un gran carácter!

Un nacionalista. La estatua mira al occidente porque así lo quiso el Gobierno.

Pepa Escandón (con ingenuidad fingida.) Qué dificultad! pues lo pusieron así porque no le diera en los ojos el sol de la mañana al ponerse negrito!

Un marico. Eso fue así porque el día de la inauguración de la estatua pusieron al frente (señalando al ocaso) la plataforma para que los señores dijeran sus discursos, y como allí mismo colocaron las *niñas simbólicas* el señor Berrío no podía voltearles la espalda; Ave María, imposible!

Una niña (á su madre, aparte.) Mamita, el señor Berrío no mira porque tiene ojos de estatua; me da miedo de estos hombres, vámonos.

VI

MORALEJA

Rosa, niña hechicera
Que á pesar de ser bella está soltera,
Fue una tarde á la fuente
Al ocultarse el sol precisamente.

*

Al verla un mozo muy zalamero
Gritó tres vivas á su salero;
La chica, al punto, con gentileza
Le dió las gracias con la cabeza,
Y al movimiento ¡gusto bien caro!
En mil pedazos rodó el *cantáro*.

*

*Ande usted con cuidado, niña mía,
No sea que algún día,*

Por correrlas de maja,
Resbale y se le rompa la tinaja.

VII

EN LA BARRA DE LA ASAMBLEA

—Caballero, vengo á pedirle perdón porque lo saludé anoche sin conocerlo.

—Y ese qué agravio es? usted se toma una molestia inútil.

—No, señor, yo le usurpé á usted el derecho de estar serio y callado, haciéndole honores intempestivos.

—Usted parece *nacionalista* puesto que quiere negar honores á los héroes, yo estuve en Ayacucho y por eso me saludaban todos anoche.

—Me dice usted *nacionalista* olvidando que he hablado de derechos. Si lo fuera también tributaría honores, pero no á los héroes sino á los grandes benefactores de la República libre, como los doctores Núñez y Holguín, que en paz científica descansan.

VIII

EN CERTULIA

—Para mí—dice un cesante—la cosa no anda tan mal, pues que al menos anda, y ya no veo muy remota la esperanza de que *cese* esta *cesantía* que nos tiene muertos.

—¿Cómo?—le interrumpen—¿Se anuncia algún cambio de ministerio?

—No, hombre: algo mejor,—ó quizá peor—algo que nos dará ocupación á muchos de los que entendemos un poquito de eso que dice: “en nombre de la República y por autoridad de la Ley” etcétera.

—Pero ¡explíquese usted!

—Sencillamente: que más de la mitad de los honrados ciudadanos de nuestro terruño se han dado con furor á escribir novelas, que según se presume, habrán de resultar sendas puñaladas en el estómago, como quien dice; delitos que no han de quedar impunes, y como para ello se precisa jueces, claro que no abasteciéndolos pocos que hay de servir, no es necesario ser muy optimista para aguardar un nuevo sueldo, y porque, en fin:

“A falta de un hombre honrado
Han hecho á mi padre Alcalde.”

Coro.—¡Viva la libertad de imprenta!

IX

EN LA REDACCIÓN

—Aquí tiene usted mi última novela, se llama *Cruz Bicorné*.

—Lo siento. Pero tengo firme resolución de no publicar *autobiografías*.

X

Á SOLAS

¡Es insoportable—decía un comerciante—vivir en un país en donde todo es simbolismos! Esta mañana fuí á buscar á Becerro y me dijeron que andaba “*Lejos del nido*.” Luégo me dirigí al almacén y lo primero que encontré fue al “*Negro Liberato*” que á quemarropa me preguntó que “*Cuánto me costó la burra*” como si yo supiera algo de sacristías. ¡Es insoportable!

ZÁNGANO.



PLUMADAS

“**El Repertorio.**”—Ya conoce el público tres números de esta revista, que en una entrega anterior de *La Bohemia Alegre* habíamos anunciado. Una empresa periódica puede juzgarse por tres números, y así el público ha juzgado de *El Repertorio* y el fallo ha sido favorable.

Tanto se esgrime hoy la pluma que cualquiera podía creer es un negocio. Hay tres revistas literarias en Medellín: *La Miscelánea*, *El Repertorio* y *La Bohemia Alegre*. La primera tiene un sabor esencialmente indígena y así se muestra en todo lo inédito que publica; los cuentos originales tienen siempre la cultura y moderación suficientes para que puedan ser leídos en familia en todos los hogares antioqueños, no atacan ninguna creencia, no azotan la sociedad, evitan los arranques pasionales y las escenas crudas y sobre ningún asunto hacen revolución; los versos casi siempre hablan del espíritu y suelen ser rústicos; en pocas palabras: *La Miscelánea* se desliza suavemente, no tiene las tormentosas corrientes de la civilización extranjera y sigue su curso sin sacos bruscos como nuestras propias costumbres.

La Bohemia Alegre es solamente un teatro *vaudeville*, donde—si continúa—deben ensayar sus papeles todos los jóvenes que tengan tendencias al arte y se sientan con fuerzas para la lucha. Por eso ha tratado de ser ecléctica, para dar cabida á

todas las manifestaciones del pensamiento y no entorpecer las jóvenes inteligencias con la canisola de fuerza de los sistemas literarios.

El Repertorio es una revista ilustrada de literatura y bellas artes. Parece que da la preferencia á la crítica: crítica literaria y crítica de arte; sigue, pues, los rumbos más nuevos de la literatura que ha arrasado todo con su análisis terrible.

Pero la crítica necesita constantemente obras para criticar, y aquí serán las grandes dificultades de *El Repertorio*. En materia de literatura apenas ahora se está iniciando la publicación por volúmenes y ya una parte del público empieza á murmurar. El espíritu práctico y comercial de los antioqueños no se dejará vencer nunca del espíritu literario y artístico; hasta la política les parece á los antioqueños un gasto inútil. Y no es esto un reproche, al contrario, profesamos una grande admiración á los hombres prácticos, bien saben ellos que un pueblo idealista tiene que ir irremediabilmente á la miseria.

Las bellas artes tampoco dan material para una revista crítica mensual. Aunque sí hay en Antioquia y seguirá habiendo obras de arte de mérito indiscutible. *El Repertorio*, eso sí, dará impulso á la pintura y quizá también á la escultura y á la arquitectura. Fomentará las artes del grabado, del fotograbado y de la fotografía.

Con razón dice el doctor Eduardo Zuleta que una revista ilustrada editada en esta ciudad representa un tan grande adelanto que es como sentir el silbido de la locomotora en el valle de Medellín. También es verdad que la locomotora ha debido llegar á Medellín primero que *El Repertorio*; mas ya que llegó primero *El Repertorio*, lo saludamos con entusiasmo y nos alegramos de que venga á complementar la literatura patria. Hoy no falta en la producción literaria de Antioquia más que la nota política para que el movimiento sea completo, y esta falta se debe á causas visibles, demasiado visibles para que puedan taparse con hojas de parra.

Sabemos que la empresa de *El Repertorio* pecuniariamente perderá mucho, pero sus Redactores están resueltos á desprenderse del egoísmo, ese asesino de las artes, por lo cual atraen más nuestras simpatías. Para los inteligentes ya viejos no deben ser despreciables esos jóvenes zapadores de la inteligencia que abren al país una nueva senda luminosa, porque la belleza es luz.

Para nosotros, más jóvenes que los Redactores de *El Repertorio*, y enfrentados con el público, es dicha revista una causa de contento y un objeto de emulación.

